

«Una fascinante e importante exploración de cómo se incuban y difunden las ideas que cambian el mundo.» STEVEN PINKER

Los orígenes de las ideas radicales



CRÍTICA

Gal Beckerman

Gal Beckerman

Antes de la tormenta

Los orígenes de las ideas radicales

Traducción castellana de
Iván Barbeitos

Crítica
Barcelona

Primera edición: enero de 2023

Antes de la tormenta. Los orígenes de las ideas radicales
Gal Beckerman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Quiet Before. On the Unexpected Origins of Radical Ideas*

© Gal Beckerman, 2022

Publicado por acuerdo con Crown, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Iván Barbeitos, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-476-3

Depósito legal: B. 20.653-2022

2023. Impreso y encuadernado en España por Black Print



1

Paciencia

Aix-en-Provence, 1635

SON LA CUATRO de la madrugada en una noche de luna llena. Junto con una constante lluvia, una luz amarillenta cae sobre un puñado de ajetreados hombres que se encuentran apostados en la azotea de la casa de un aristócrata, realizando mediciones y tomando notas. Entre ellos se encuentran un sacerdote local y un encuadernador, quienes se turnan para mirar hacia el cielo nocturno a través de un largo telescopio de latón, mientras que otro grupo está manejando frenéticamente la palanca de un enorme cuadrante, midiendo la altitud de varias estrellas. En una esquina, paradigma de la calma, se sienta un artista con su cuaderno de bocetos y su carboncillo, dibujando la luna, cuando una sombra comienza a mancharla. El eclipse finalmente está comenzando.

El instigador de toda esta actividad llega tarde, pero asciende lentamente por una escalera, gimiendo por el esfuerzo. El estómago le arde, como siempre, y su vista es tan pobre que apenas puede ver unos metros frente a él. Sin embargo, se niega a recibir ayuda. Se trata de Nicolas-Claude Fabri de Peiresc, dueño de la casa, filósofo natural y, lo que es más importante, vínculo entre las mentes más grandes de Europa. Ahora es un anciano enfermizo que ha estado esperando durante las últimas dos décadas la llegada de este preciso instante.

Sin embargo, lo cierto es que se resiste a disfrutarlo. Peiresc no es alguien propenso a disfrutar de un sueño hecho realidad. Es pura auto-

disciplina, incluso en temas relacionados con la indumentaria o la alimentación. Nunca usa seda. Si bebe vino, es blanco y muy diluido. La única comida que se permite en exceso son los melones, y solo porque sostiene que son especialmente beneficiosos para la salud. Está lleno de dudas sobre este ambicioso experimento, que involucra a docenas de participantes aficionados separados por miles de kilómetros, observando simultáneamente un fenómeno celeste y registrando con precisión lo que ven. Él mismo ha reclutado a cada uno de ellos, con los que ha mantenido correspondencia durante meses, haciéndoles superar sus aprensiones e inseguridades, convenciéndolos de la importancia de su propósito más general: la recopilación de datos que, una vez recogidos, ofrecerán una medida exacta de longitud. Si todo funciona como se espera, el resultado cambiará totalmente el mapa del mundo conocido.¹

Sin embargo, incluso su promotor es consciente de que la probabilidad de fracaso es considerable, y la prueba le llega a través de un catalejo. Peiresc ha dado instrucciones a tres hombres del lugar para que suban a una colina cercana a las afueras de Aix-en-Provence y vayan registrando los eventos de la noche. Pero han de señalar su llegada encendiendo una hoguera. A medida que avanza el eclipse, dirige continuas miradas hacia el lugar indicado y no atisba ni el más mínimo rastro de una llama en la distancia.

Su mente se dirige al resto de los observadores. Está el padre Michelange de Nantes, en una cumbre rocosa en Siria; un diplomático, François Galaup de Chasteuil, en el Líbano; otro misionero, Agathange de Vendôme, en Egipto; Thomas d'Arcos, un antiguo cautivo de berberiscos y musulmán converso, en Túnez; y en el continente europeo, una serie de amigos eruditos en Italia, Francia, Alemania y los Países Bajos. Incluso participa un sacerdote jesuita en Quebec. ¿Qué pasa si ellos tampoco han acudido a sus puestos?

Horas más tarde, esa misma mañana, Peiresc recurre, en su sobrecargado estudio, cubierto de alfombras carmesí y sombrías pinturas al óleo, a la actividad que mayor consuelo le ofrece, incluso en momentos oscuros: escribe una carta. Como a menudo en su solitaria vida, la pluma, la tinta, el papel y algo de silencio le permiten reanudar el

continuo intercambio con sus docenas de amigos, a muchos de los cuales nunca ha conocido ni conocerá en persona. Enumera las razones de su ansiedad a Pierre Gassendi, el erudito sacerdote que es uno de sus principales colaboradores. La noche estaba demasiado nublada. Su equipo no estaba preparado. Debido a las «prisas», el grupo de su tejado incluso había «mirado el lado equivocado del cuadrante para recopilar las cifras». ² Y en cuanto a los hombres en la colina, ya se ha enterado de lo que sucedió: «Comenzó a llover y, asustados por los truenos y relámpagos, se retiraron a una ermita, sin tener el coraje o la inclinación de regresar para anotar al menos la puesta de la luna». ³ El desahogo continúa, sumerge su pluma y garrapatea las palabras en el amarillento papel: «Toda la preparación ha sido en vano». ⁴

La imprenta, que en aquel momento aún no tenía ni doscientos años de existencia, se considera hoy en día como el medio de comunicación revolucionario de la época de Peiresc. La capacidad de reproducir folletos y libros hizo posible que un sacerdote disidente como Martín Lutero transmitiera sus opiniones y ganara seguidores con rapidez, y que cada texto impreso fuese un susurro al oído de un posible converso. Sin embargo, el correo regular permitió una revolución más silenciosa. Durante cientos de años, las cartas fueron una tecnología avanzada, el primer ejemplo de pensamiento que viajaba grandes distancias, dissociado corporalmente del pensador, pero desde Cicerón hasta el período moderno temprano se movían de un lugar a otro de manera tan lenta y errática que a menudo se leían más como discursos alternos que como una verdadera conversación. Esto cambió radicalmente en la época de Peiresc, cuando el correo comenzó a ser más rápido y relativamente más fiable. La posibilidad de correspondencia regular favorecía ahora la colaboración, que las teorías fueran compartidas y disputadas, gracias a la lenta acumulación de conocimiento procedente de la fricción de dos personas intercambiando ideas y observaciones.

Para Peiresc, las cartas eran unidades de intercambio intelectual. Sentado en su estudio, como una araña satisfecha instalada en medio

de una tela cada vez más grande, escribía y dictaba unas diez al día. También fueron su único legado, que es parte de la razón por la que en la actualidad su nombre nos resulta desconocido. Nunca publicó libros, pero cuando murió, dos años después del eclipse, dejó tras de sí unos 100.000 documentos de papel en forma de despachos, memorandos y notas de lectura, que fueron el trabajo de toda su vida.⁵

Se trataba de pensamientos en proceso de difusión. Las cartas eran adecuadas para estudiar nuevos conceptos, lo que las hacía especialmente valiosas para un hombre que pasó su vida poniendo a prueba el dogma establecido. El siglo XVII no fue precisamente una época propicia para realizar tal actividad de manera clara y abierta, no a menos que uno deseara terminar como Giordano Bruno. Solo tres décadas antes, el fraile dominico italiano había sido despojado de su hábito, atado a una estaca y quemado vivo en el Campo de' Fiori en Roma por sugerir que nuestro planeta podría no ocupar el centro del universo.⁶ Otros podían asumir estos riesgos, e incluso anunciar sus ideas acompañadas de fanfarria de trompas, si así lo deseaban, pero no era ese el estilo de Peiresc. Su ego no era inmune al deseo de tener un libro a su nombre, y tenía planes para muchos, pero sobre todo por precaución, y también porque era muy impaciente, las cartas fueron su forma de expresión predilecta.

El experimento del eclipse, aunque elegante en su imaginación, estiró el poder de las cartas hasta más allá de su capacidad. Estaba intentando organizar una observación en grupo entre corresponsales dispersos que nunca habían reflexionado sobre la luna, o incluso sobre qué significaba la longitud. Peiresc había pasado cientos de horas escribiendo a estos corresponsales, enviando innumerables páginas de instrucciones, junto con diagramas y burdos instrumentos de medición. Creía firmemente que la mecánica del mundo natural se comprendería de forma acumulativa, a lo largo de generaciones, en un proceso de verificación, corrección y nueva verificación. «La brevedad de la vida humana no permite que una sola persona sea suficiente; es necesario considerar las observaciones de un buen número de otras personas de siglos pasados y futuros para discernir lo que mejor se ajusta», escribió en una ocasión.⁷ No obstante, cuando se trataba de

sus más lejanos colaboradores, tanto geográfica como intelectualmente, era una tarea agónica tan solo persuadirlos para que practicaran la notación adecuada, y mucho más para que confiaran en la autoridad de sus propios ojos.

El eclipse en sí mismo no era tan importante, sino que era un simple marcador de tiempo, un reloj gigante en el cielo, visible desde todas partes. Peiresc esperaba que este reloj lo ayudara a completar por fin uno de sus numerosísimos proyectos vitales, una lista parcial de los cuales incluía una investigación de pesos y medidas antiguas, un estudio del calendario romano del año 354 (cuya copia más antigua tenía en su estudio), un catálogo de piedras preciosas que él y el pintor flamenco Peter Paul Rubens habían estado recopilando juntos, la publicación de todas las versiones samaritanas del Pentateuco en hebreo, arameo y árabe, y una historia exhaustiva de la región de la Provenza.⁸ No obstante, el proyecto de la longitud era posiblemente su objetivo más personal e idiosincrático. Por un lado, era un proyecto sin duda ambicioso, pues le resultaba imposible llevarlo a cabo él solo, y por otro, su obsesión por la longitud tenía un propósito especialmente práctico: calcular con precisión el largo y el ancho del mar Mediterráneo.

Peiresc amaba ese mar y todo lo que tuviera que ver con las personas y culturas que lo rodeaban. Cualquier dato sobre él le resultaba sumamente interesante. En las raras ocasiones en que salió de Aix, fue para visitar el puerto de Marsella. Allí podía respirar el aire cargado de salitre, y observar a toda la humanidad desfilando por los muelles de madera. Tenía tanta curiosidad por las costumbres de los musulmanes, samaritanos y cristianos orientales como por los antiguos griegos. Una vez escuchó el canto de unos esclavos galeotes de un barco atracado, y encontró un músico que lo ayudó a transcribir la melodía en notación musical para poder registrar la canción de los «moros negros». Sin embargo, tanto para Peiresc como para todos sus colaboradores, las dimensiones exactas del mar continuaban siendo un misterio. Durante generaciones, los marineros habían navegado a duras

penas desde el estrecho de Gibraltar, alrededor de las islas Cícladas y hasta la costa del Imperio Otomano con poco más que una cierta familiaridad heredada con la orografía costera, un astrolabio y dibujos de mil quinientos años de antigüedad.

Para conseguir una mayor precisión había que conocer la longitud del mar, pero la cifra había sido una incógnita para astrónomos y cartógrafos durante tanto tiempo que, en 1598, el rey Felipe III de España llegó a ofrecer una generosa pensión vitalicia a la primera persona que lograra averiguarlo.⁹ El problema era ante todo logístico. Aunque la latitud se podía saber simplemente midiendo la altura del sol del mediodía, la longitud requería una observación simultánea: personas situadas en al menos dos lugares diferentes que observasen algún fenómeno fijo en el cielo y registrasen con precisión en qué momento exacto lo había visto cada uno. La diferencia en el tiempo, explicó Peiresc en una carta, «era igual a la diferencia en la longitud».¹⁰

Peiresc imaginó por primera vez tal proceso de observación colectiva en 1610, cuando tenía treinta años y acababa de terminar de leer el sensacional *Noticiero sideral* de Galileo Galilei, en el que el astrónomo detallaba sus descubrimientos realizados a través de su telescopio, incluido su avistamiento de las cuatro lunas de Júpiter. El libro ofrecía pruebas concretas de que existían otras fuerzas operando en el universo y era posible que la Tierra no ocupase un lugar tan central como se creía; después de todo, nuestro planeta parecía influir muy poco en las órbitas de las lunas de Júpiter. Peiresc se quedó tan estupefacto como el resto de la clase intelectual de Europa, pero lo que más le llamó la atención fue la utilidad de estas distantes lunas. Desde ese momento, comenzó a observar y registrar sus revoluciones cada noche en papel pautado hasta que logró ser capaz de predecir sus movimientos (los satélites, escribiría poco después, se encontraban «exactamente donde nuestros cálculos los situaban al completar sus órbitas»)¹¹ Esas lunas podían ser el reloj celeste que necesitaba para su proyecto de cálculo de longitud, por lo que se apresuró a enviar a su joven asistente a un viaje a través del Mediterráneo, desde Marsella hasta la ciudad costera libanesa de Trípoli, pasando por las islas de Malta y Chipre. En cada una de las paradas debía observar Júpiter y sus lunas, mientras Peiresc

hacía lo mismo en Aix. En teoría, la posterior comparación de los datos registrados les proporcionaría la ubicación longitudinal exacta de todos los emplazamientos. Sin embargo, este primer intento fue un estrepitoso fracaso, ya que los telescopios aún eran demasiado simples e imprecisos para realizar observaciones con el detalle necesario. Además, el joven asistente no se mostró especialmente contento de tener que realizar tal viaje. En su primera carta desde «ultramar», escribió a Peiresc: «Si Dios me permite regresar a nuestra casa, el mar nunca más me tendrá como su súbdito».¹²

Desde entonces había pasado un cuarto de siglo, y Peiresc todavía soñaba con calcular la longitud haciendo que muchas personas miraran al cielo a la vez en la misma noche. Con el tiempo, había cambiado las lunas de Júpiter por la de la Tierra como un punto de referencia más visible, y la observación de las fases de un eclipse a través de un telescopio. Ahora, a los cincuenta y cinco años, finalmente estaba en condiciones de hacer realidad tal experimento colectivo.

Nacido en una familia de magistrados y modestos terratenientes en el sureste de Francia, Peiresc se había pasado toda su vida coleccionando correspondientes. Primero, como estudiante de derecho durante sus viajes a Inglaterra, los Países Bajos e Italia (donde conoció personalmente a Galileo tras una conferencia sobre matemáticas en Padua)¹³, y más tarde, incluso después de regresar a Aix-en-Provence para ocupar un puesto en el Parlamento de Provenza, nunca dejó de expandir su red de conexiones. Con el tiempo, se había unido, como uno de sus miembros más destacados, a la autoproclamada República de las Letras, la red de docenas y docenas de académicos universitarios, aristócratas eruditos y clérigos repartidos por toda Europa. Juntos, estaban explorando los nuevos misterios de la época: los astronómicos, los microscópicos y los geográficos.

La República era una entidad colaboradora que se asemejaba al consejo editorial de una revista científica (antes de que tales publicaciones y el concepto de ciencia tal y como lo conocemos realmente existieran), y se mantuvo así mediante una maraña de cartas. Los correspondientes se escribían unos a otros sobre sus diversas ideas, esbozaban teorías y sellaban sus relaciones mientras compartían fósiles o di-

bujos anatómicos. Ciertos elementos de lo que llegaría a caracterizar a la comunidad científica tomaron una primera forma a través de estas misivas. Era «un laboratorio en el que se elaboraban y ponían en práctica las ideas sobre civismo»,¹⁴ escribe Peter Miller, uno de los pocos académicos que han estudiado las cartas de Peiresc. Y cada carta, como las describió otro historiador, era «una suerte de conversación gentil y caballerosa», lo que permitía al escritor «crear una intimidad e inmediatez a distancia, sin alienar al corresponsal con argumentos». ¹⁵ Los autores de las cartas se embarcaron juntos en un proyecto de búsqueda de la verdad objetiva, y hacían las veces de centros de intercambio de ideas, verificando teorías y ofreciendo información. La carta como transmisor de voz, calibrada para expresar cortesía y amistad, demostró ser un medio particularmente útil para esta investigación conjunta. Y Peiresc siempre acertaba con el tono. Era encantador y generoso, y mostraba una curiosidad genuina por los descubrimientos de los demás.

De una forma u otra, desde el Renacimiento siempre había existido una República de las Letras, cuando cobró nueva vida un concepto clásico que se originó con Cicerón; sin embargo, cuando realmente levantó el vuelo fue durante la Reforma y las consiguientes guerras religiosas que convulsionaron Europa desde 1500 hasta 1700. Los viajes durante estos conflictos se volvieron peligrosos para los estudiosos, y con la mayoría de las universidades controladas por una u otra secta beligerante, la República se convirtió en una institución de aprendizaje independiente, ubicada por encima de la refriega. Peiresc y otros contemporáneos la consideraron casi como un culto, entusiasmados por la sensación de que estaban generando conocimiento en una especie de carrera de relevos y pasándolo de una generación a la siguiente. Tal y como escribió René Descartes, el conocido filósofo francés contemporáneo de Peiresc: «Con las personas posteriores comenzando donde las anteriores lo dejaron, y vinculando así las vidas y el trabajo de muchos, todos podemos avanzar juntos mucho más lejos de lo que cada persona individualmente podría». ¹⁶

Una simple ojeada al estudio de Peiresc en Aix muestra cuánta energía existía en la República y lo eclécticos que eran sus intereses.

Las cartas llegaban a su casa en un flujo constante, a menudo varias veces al día, y en ocasiones los sobres emitían el dulce y enfermizo aroma del vinagre, usado como desinfectante contra la peste. Recopilar, observar y comparar: tal era la ética que guiaba la práctica de los miembros de la República, muchos de los cuales, al igual que Peiresc, eran anticuarios, propietarios de colecciones de curiosidades. Peiresc contaba con una enorme biblioteca de libros impresos, encuadernados en cuero, colocados en sus estantes, y manuscritos sueltos por doquier, junto a vasijas antiguas y gemas grabadas. Tenía embriones conservados en frascos, y detallados dibujos de las riquezas poco comunes de la naturaleza, desde hongos bulbosos hasta pieles de hipopótamo. A veces, algún objeto más grande presidía el estudio, como una momia o un colmillo de elefante. Los cajones estaban llenos de medallas y monedas con siglos de antigüedad; a la muerte del propietario, esa colección contaba con diecisiete mil piezas. A sus pies, y holgazaneando entre todas esas cosas, estaban los esponjosos gatitos de angora de pelaje blanco y ojos azules que le encantaba criar, pero de los que estaba dispuesto a desprenderse si eso significaba que podría agregar una pieza preciosa a su colección («Si fuera útil prometer uno de los gatitos para obtener el jarrón de Vivot, no dudes en comprometerte»).¹⁷ Sus intereses también se extendían más allá de la puerta de la casa. Tenía vastos huertos donde cultivaba más de veinte especies de pomelo y sesenta variedades de manzana. Injertaba olivos y elaboraba vino con las uvas malvasía que abundaban en la finca de su familia.¹⁸

En aquella época, antes de que la erudición se convirtiera en una búsqueda especializada reservada a profesionales, un polímata aficionado como Peiresc se adentraba en cualquier campo al que le llevase su curiosidad: botánica, zoología, numerología y, por supuesto, astronomía. La mecánica de todo, fuera el latido del corazón, la reproducción de las flores o la caída de los cometas, tenía que ser examinada. Incluso en el ámbito de lo fantástico: Peiresc se tomó en serio los informes sobre un hombre al que le crecía un arbusto en su estómago, una ciudad en la que todos afirmaban estar poseídos por el diablo y una mujer francesa cuyo embarazo había durado veintitrés meses. Tampoco se burlaba de los avistamientos de monstruo-

sos animales gigantes o con cabeza de hidra.¹⁹ ¿Por qué debería hacerlo, cuando las noticias de criaturas extrañas y hermosas como el caballo de cuello largo conocido como jirafa y el elegante flamenco rosa de extremidades delgadas habían resultado ser ciertas? Peiresc escribió que, dado que había visto unas maravillas que nunca habría creído que pudieran existir, trataba de «no desdeñar absolutamente nada hasta que la experiencia nos abra el camino a la pura verdad».²⁰

Esta devoción decidida por cuestionar la naturaleza de cada cosa llegó hasta tal punto que Peiresc eligió conscientemente llevar una vida ascética. Cuando su padre le encontró una buena pareja con la que contraer matrimonio, la hija del presidente del Tribunal de Cuentas de Provenza, Peiresc explicó que «no podía cuidar de una esposa e hijos y ser al mismo tiempo libre de seguir mis estudios y patrocinar a hombres eruditos».²¹ Permaneció soltero toda su vida.

Aun así, no estaba solo en sus actividades intelectuales. Escribía cartas durante todo el día (principalmente en francés o italiano, y a veces en latín), y podía confiar en un sistema cada vez más predecible y seguro para llevarlas a su destino. Una carta de Aix a París tardaba alrededor de una semana, a Roma cerca de dos semanas y al norte de África seis semanas. Las rutas se estaban volviendo más fiables y lo suficientemente regulares para referirse a sus cartas a París como enviadas «par le Parisien» («vía parisina»), mientras que el correo Aviñón-Roma era simplemente «l'ordinaire» («vía ordinaria».²²

Estas cartas funcionaban como algo más que simples comunicaciones entre personas, ya que eran como mensajes llevados a lo largo de una corriente de agua con muchos afluentes, a menudo copiados y transmitidos a lectores más allá del destinatario originalmente previsto o leídos en voz alta en reuniones académicas. Este extracto de una anotación en una de las cartas de Peiresc en 1635 muestra cuán lejos podían viajar: «Abrí una carta que el señor Diodati [París] le envió a usted, que incluía una que el señor Schickard [Tubinga] escribió a Bernegger [impresor en Estrasburgo], pidiéndole que le enviara sus observaciones sobre el eclipse. Se la mostré a Gaultier [Aix] y le pedí a Garrat [secretario de Peiresc] que le dijera [a Gaultier] que lo comparara con su observación. Utilicé el mismo canal para enviar una segun-

da carta de Galileo, cuyo original había enviado a Diodati, y la copia de otra carta de Galileo enviada por Rossi [pariente de Galileo en Lyon]». ²³

Fue a todos estos amigos y colaboradores en la República a los que recurrió Peiresc en busca de ayuda cuando decidió volver a dedicarse al proyecto de la longitud. A principios de 1628 organizó un registro más modesto de un eclipse, con él mismo solo en su tejado y unos pocos amigos en un pueblo cercano a Aix y en París, y aquella vez el método funcionó. Las mediciones fueron «precisas» a pesar, bromeó, «de la barbarie y la tosquedad existente en nuestro pobre país». ²⁴ Utilizando los datos recopilados, pudo corregir la diferencia de longitud entre París y Aix, que se vio reducida en más de dos grados.

Sin embargo, no se conformaba con eso. Sus miras todavía estaban puestas en la medición precisa del largo y el ancho del mar Mediterráneo. La búsqueda de otro eclipse lunar se puso en marcha, y cuando descubrió que uno tendría lugar en la noche del 28 al 29 de agosto de 1635, Peiresc comenzó a trabajar de inmediato. Para reunir las observaciones que necesitaba, llegaría más allá de los confines cerebrales de la República de las Letras, hasta individuos estacionados en los confines del mapa. Su valor era su ubicación geográfica, pero antes de poder reclutarlos, tendría que convencerlos, ya que, en algunos casos, estarían asumiendo un enorme riesgo.

El rediseño de un mapa puede parecer una causa mundana en la que concentrar una atención tan intensa, pero las cartas cuentan una historia diferente. Peiresc tuvo que atraer con suavidad a estos observadores potenciales hacia una nueva relación con la naturaleza, una que no resulta en absoluto familiar o segura. Las cartas demostraron ser bastante útiles en este proceso de conversión. El medio era un conducto para el pensamiento lento. Las cartas actuaban como aceite lubricante en los engranajes de la producción de ideas, como los comentarios jocosos que despejaban la garganta por el camino, como las líneas sobre las líneas en las que una mente podía divagar, como una informalidad que no exigía definición, pero daba espacio para que el argumento se

construyera con ligereza. Tales fueron las cualidades que lograron que las cartas se convirtieran en un elemento tan importante en la comunidad de protocientíficos, pero también resultaron útiles para presentar una nueva visión del mundo. El aspecto meditabundo de las cartas, la paciencia incrustada en ellas evitó lo que de otro modo podría dar la impresión de ser una confrontación abierta de un sistema de verdad que intenta superar a otro.

Peiresc comenzó sondeando a posibles participantes. Cuando dos comerciantes portugueses de piedras preciosas pasaron por Aix en su camino hacia la India, les preguntó si tal vez sabían de algún occidental erudito, judío o cristiano, asentado en esas tierras extranjeras que pudiera tomar medidas durante un eclipse, ya fuese lunar o solar, y enviárselas de regreso.²⁵ Los contactos potenciales fueron examinados por Peiresc. ¿Eran lo bastante serios y fiables? Sus cartas están llenas de estas preguntas urgentes. Cuando se entera, dos meses antes del eclipse, de la existencia de un nuevo obispo llamado Isaac que vive en las estribaciones del Monte Líbano, Peiresc escribe a un tercero para obtener toda la información que pueda sobre este hombre asentado en un emplazamiento tan curioso. Quería recibir «todos los datos que pudieras darme con respecto a la edad, el país, los buenos modales y la enseñanza del obispo Isaac, en qué lugar lo has conocido, y especialmente, del conocimiento que podría tener del árabe, el latín y otros idiomas. Y si tiene intereses más curiosos que comunes, y dónde obtuvo su título de obispo...».²⁶

A principios de 1635, Peiresc comenzó una correspondencia con el padre Celestin de St. Lidwine, que vivía en un monasterio carmelita en Alepo. Las primeras cartas de Peiresc son típicas, y en ellas da a Celestin una idea de sus propias influencias. «Si encontraras, por casualidad, ya sea entre los monjes griegos o los derviches, algún libro sobre música, un poco antiguo, no solo en griego, sino en árabe u otros idiomas orientales, principalmente de aquellos donde podrían conservarse algunas notas de música antigua, emplearía con gusto mi dinero».²⁷

Muy pronto, también está tratando de persuadir a Celestin para que se una al proyecto de longitud, prometiendo que incluso un buen conjunto de observaciones podría ayudar a calcular las distancias rea-

les entre los lugares y «una infinidad de otras grandes cosas dignas de elogio en nuestro siglo y para la posteridad». También sugiere que Celestin podría involucrar a astrónomos locales en el proyecto, ofreciéndose a poner sus propios datos a su disposición, «para su placer en la comparación con los nuestros».

No obstante, el mayor desafío que se le presentaba era que los hombres educados en estos lugares distantes a menudo eran devotamente religiosos. Se trataba sobre todo de misioneros o monjes solitarios y, por su propia naturaleza, renuentes a este tipo de empresas. La investigación del mundo natural por cuenta propia, o peor aún, en grupo, era una amenaza para la Iglesia Católica. Esto era especialmente cierto cuando se trataba de fenómenos como cometas o eclipses. La estrechez de miras de la Iglesia acerca de una Tierra ubicada de manera inamovible en el centro del universo se veía amenazada con frecuencia por estos eventos fugaces que se producían en el firmamento. Incluso la simple curiosidad parecía en cierto modo sospechosa. Aunque Europa había experimentado el Renacimiento y la Reforma, movimientos que habían incrementado la subjetividad y la voluntad individual, la Iglesia seguía exigiendo aún deferencia a la doctrina, con la máxima pronunciada por San Agustín en el siglo v aún vigente: «No es necesario indagar en la naturaleza de las cosas como lo hicieron los griegos [...] Basta con que el cristiano esté convencido de que la única causa de todas las cosas creadas, ya sean celestiales o terrenales, visibles o invisibles, es la bondad del Creador, el único Dios verdadero».²⁸

Por si esta inquietud sobre la intromisión de la filosofía natural no fuera suficiente, también estaba el caso de Galileo. No hacía mucho, uno de los hombres más famosos de Europa, a sus sesenta y nueve años, había sido obligado a arrodillarse ante la Inquisición y a reconocer frente a diez cardenales sus «errores y herejías», de las que se comprometía a «abjurar» y a «maldecir y detestar» para siempre. Su crimen había sido la redacción de un libro que argumentaba enérgicamente (y de una manera que parecía burlarse del Papa como un idiota de mente simple) que la visión estática y geocéntrica del universo por parte de la Iglesia era errónea. El libro de Galileo *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo* fue denunciado y prohibido por

blasfemo, y su autor fue sentenciado a arresto domiciliario hasta el final de sus días. La ira de la Iglesia hizo temblar a toda la República de las Letras. Descartes, al recibir la noticia en la Holanda protestante, escribió a un amigo en París que tal vez debería «renunciar» a la publicación de su propio libro *El Mundo*, que profundizaría en las revoluciones de la Tierra alrededor del sol.²⁹

Peiresc, que siempre había sentido fascinación y no poca envidia por Galileo, se entristeció al enterarse de su persecución. «El pobre Galileo tuvo que declarar solemnemente que no apoyaba la opinión de que la Tierra se movía y, sin embargo, en su diálogo utilizó sólidas razones para apoyar esta teoría», escribió en una carta después del veredicto.³⁰ Sin embargo, la principal lección que sacó de este episodio, después de una vida en la que ambos hombres habían seguido caminos muy diferentes hacia los mismos fines, fue que era mejor trabajar de manera gradual y silenciosa. Peiresc logró mantener sus buenas relaciones con la Iglesia al tiempo que se codeaba con los intelectuales que cuestionaban sus preceptos más sagrados. En el supuesto de que algún día se viera en la obligación de defenderse, podría alegar que tanto él como sus corresponsales estaban simplemente explorando la creación divina en todas sus manifestaciones. Confiaba en que incluso la Iglesia acabaría cambiando su enfoque dogmático. Había miembros de la jerarquía vaticana que mantenían una discreta correspondencia esporádica con los filósofos naturales de la República de las Letras, aceptando de manera implícita los nuevos descubrimientos, aunque la tradición les impidiera reconocerlo abiertamente. Al transgredir los límites de la especulación aceptable, Galileo había hecho estallar las viejas formas de pensar, y es su nombre el que recordamos hoy, no el de Peiresc. Sin embargo, el paciente anticuario tenía otro enfoque: prefería la conversión silenciosa y razonada de una carta frente a la declaración ruidosa de un libro, no solo porque así se evitaban ciertos riesgos, sino por las ideas colectivas que podían generarse, aunque fuera de manera «cuidadosa y progresiva».³¹

Esta naturaleza cautelosa se reveló en toda su magnitud cuando Peiresc apeló al poderoso cardenal Francesco Barberini, sobrino del Papa, para reducir la sentencia de Galileo. Peiresc sabía que Barberini,

aunque era un piadoso defensor del gobierno de su tío (había asistido personalmente al juicio de Galileo), se sentía atraído por la filosofía natural. Para fortalecer su vínculo, Peiresc solía enviar al cardenal algún raro espécimen de vez en cuando: una vez incluso le había enviado una gacela, pequeña y de color marrón, con afilados cuernos acanalados, que él mismo había recibido de un corresponsal del norte de África, quien la comparó con un unicornio.³² «La fragilidad a veces es digna de excusa y perdón», suplicó Peiresc en defensa de Galileo.³³ Trató de minimizar el impacto del *Diálogo*, refiriéndose a él como un alegre y casi cómico malabarismo de abstracciones, y no como la inteligente acusación contra la Iglesia que ciertamente era. Cuando Barberini ignoró su súplica, Peiresc escribió de nuevo, profundizando en su argumento. El castigo de Galileo algún día parecería tan desatinado como lo fue el infligido a Sócrates por Atenas, «tan denostado por otras naciones y por los propios descendientes de aquellos que le causaron tantos problemas».³⁴ Peiresc siempre se mostró obsequioso en su trato («Me inclino ante vos con la mayor sumisión de la que soy capaz», comenzaba una de las cartas), pero no se esforzó demasiado por ocultar que, a sus ojos, Galileo era un genio maltratado. Los argumentos y regalos como la gacela acabaron teniendo cierto efecto. Al astrónomo se le concedió su solicitud de trasladar su arresto domiciliario a Florencia, y agradeció profusamente a Peiresc su intervención, describiéndola como «una empresa en la que muchos otros que reconocen mi inocencia han permanecido en silencio».³⁵

Cuando los hombres más próximos a la Iglesia se resistieron a las súplicas de Peiresc para unirse a su experimento, intentó acercarse a ellos con un espíritu similar, entablando abiertamente un diálogo sobre el cristianismo y lo que la doctrina permitía y no permitía. Para él, existía escaso conflicto interno, pues la filosofía natural era simplemente el proceso de descubrimiento de la gloria de Dios. La Iglesia no debía resistirse a estos descubrimientos, sino más bien expandirse para incluirlos, deleitarse en estas nuevas maravillas y ver en ellas una razón para aumentar la fe. «El libro de la naturaleza es el libro de los libros, y no hay nada tan concluyente como la observación de las cosas», escribió Peiresc al padre Celestin en abril de 1635, cuatro meses antes del eclipse.³⁶

También apeló al pragmatismo de sus corresponsales, como lo hizo con otro misionero capuchino con sede en Alepo, Michelange de Nantes. Cuando el sacerdote expresó su preocupación teológica, Peiresc respondió que mirar a través de un telescopio «no sería perjudicial para su piadosa y caritativa búsqueda de almas. Por el contrario, esto podría algún día servir como un señuelo para atraer a otros a seguir tu ejemplo».³⁷ También hizo hincapié en que su trabajo astronómico podría ayudar a establecer un calendario eclesiástico más preciso. Y a aquellos que aún dudaban, señalaba el apoyo de poderosos cardenales que habían ordenado observaciones en Italia y el Levante, concretamente a sacerdotes y astrónomos en Roma, Padua y Nápoles para que preparasen sus telescopios y acatasen las solicitudes de Peiresc.

Alentar su participación era solo el primer paso. Peiresc todavía tenía que enseñarles cómo llevar a cabo exactamente una observación metódica. Para confiar en sus registros, tenía que establecer algunas normas, una forma de pensar que también era una innovación de la época. Necesitaba guiarlos sobre cómo posicionar sus cuerpos cuando mirasen a través de un telescopio, y cómo verificar los datos. Las lecciones asumieron diferentes formas. Para aquellos que pasaban por Aix, Peiresc fue estableciendo lentamente lo que se acabaría conociendo como la *École Provençale*, un verdadero programa de capacitación para aspirantes a astrónomos aficionados, para lo cual instaló un sencillo observatorio en su tejado. Aquellos que no pudieron llegar allí o ya estaban asentados en el extranjero recibieron detallados manuales de instrucciones.

En una carta de mayo de 1635 al padre Agathange de Vendôme, que presenciara el eclipse desde El Cairo, Peiresc fue bastante explícito sobre dónde y cómo debía realizar sus observaciones: «Debe tratar de apostarse en lo alto de las pirámides o en algún otro sitio elevado, para ver la salida del sol en el horizonte, y para controlar la progresión del eclipse. Sin embargo, no debe confiar en lo que pueda ver con sus propios ojos, sino que debe usar el telescopio [...] porque, a simple vista, la luna iluminada parece más grande de lo que es en realidad, y como resultado, la parte eclipsada parece más pequeña».³⁸ El padre

Agathange tendría que usar un cuadrante para tomar medidas de estrellas fijas y de la altura del sol al mediodía (para la latitud), y, según escribió Peiresc, era mejor hacer todo esto el día anterior. El sacerdote tendría que ser muy exacto sobre cómo marcaba la hora, ya fuera con un reloj bien calibrado o, mejor aún, comprobando la posición de las estrellas.

Resultó que Agathange no era un estudiante especialmente aplicado, y tras leer su desorganizado informe sobre el eclipse, Peiresc decidió que tendría que esforzarse por mejorar su preparación para el siguiente. En una carta, en la que a duras penas logró controlar su malestar, Peiresc escribió que enviaría un nuevo conjunto de instrucciones.³⁹

Uno de los observadores del eclipse más inusuales de Peiresc fue Thomas d'Arcos, un antiguo secretario de un cardenal que había sido capturado por piratas y llevado a Túnez, donde vivía como esclavo desde hacía cinco años cuando Peiresc contactó con él por primera vez, en 1630. D'Arcos atrajo de inmediato la atención de Peiresc gracias a su descripción escrita de cómo había visto los huesos de un gigante y cómo los había tocado con sus propias manos.⁴⁰ Siempre en busca de curiosidades, Peiresc se quedó muy intrigado y respondió ofreciéndose a ayudar a obtener la liberación de d'Arcos, involucrando a altos funcionarios, e incluso hasta al mismo rey de Francia, si fuese necesario. Para cuando llegó la oferta de Peiresc, d'Arcos había logrado asegurar su propia libertad, aunque permaneció en Túnez e incluso se convirtió a la religión islámica unos años más tarde, cambiando su nombre de Thomas a Osmán.

D'Arcos a menudo enviaba a Peiresc misteriosos objetos materiales procedentes del folclore local, y el filósofo natural se dedicaba a desmitificarlos. Uno de los intercambios se produjo a propósito de una piedra de forma extraña que los árabes afirmaban que contenía el alma de un emperador del pasado atrapado en su interior. Peiresc la examinó de cerca y respondió que se trataba simplemente de un erizo de mar fosilizado. D'Arcos escribió de nuevo, insistiendo en que, si la piedra era lavada con sangre, sonaría la voz del emperador condenado. Las cartas solían tener esta dinámica: d'Arcos proporcionaba los mi-

tos o «creencias» locales y Peiresc se afanaba en verificar su origen. Los mencionados huesos del supuesto gigante, cuyos dientes d'Arcos envió a Aix (cada uno con un peso de un kilo y medio), resultaron ser, tras la detenida inspección de Peiresc, los restos de un elefante norteafricano extinto hacía mucho tiempo.

Muchas cosas viajaron de un lado al otro del Mediterráneo. De d'Arcos partieron enjorjados mangos de dagas, camaleones vivos y monedas de la antigua Cartago, y de Peiresc, barriles de vino, solicitudes de libros árabes específicos y, finalmente, unas tres mil quinientas palabras sobre el proyecto de longitud y cómo d'Arcos podría participar.

La obsesión de Peiresc por observar el eclipse pasó entonces a dominar la correspondencia, con un flujo constante de lecciones provenientes de Aix. Al igual que el folclore y los mitos desacreditados por Peiresc, aquella también era una oportunidad para empujar a d'Arcos, un espíritu afín, aunque extraviado, a pensar como un filósofo natural. Peiresc deseaba estacionarlo en Cartago, confiando en que la rica historia del lugar resultase auspiciosa. Cuando d'Arcos no pudo recopilar ningún dato para un eclipse del 3 de marzo de 1635, propuesto como prueba para el eclipse de agosto, alegando que un ataque de gota le impidió participar, Peiresc respondió con irritación, pidiéndole que hiciera todo lo posible para observar el siguiente, que comenzaría «alrededor de las 2:30 después de la medianoche».⁴¹ Dos semanas más tarde, Peiresc envió una nueva carta, y su detallada explicación ofrecía un indicio del tipo de instrucción utilizado también con los demás integrantes de la misión: «Desde la última carta escrita a toda prisa sobre el tema del eclipse [...] me encargué de enviarte en cualquier caso un pequeño cuadrante de cartón que se puede adherir a un trozo de madera o a un pedazo de cartón más fuerte, y levantar las dos miras que yacen planas hasta que alcancen un ángulo recto con respecto a la superficie del instrumento». E insistió una y otra vez: «Tome la altura de la parte superior o inferior del borde de la luna cuando observe el comienzo o la progresión del eclipse».⁴²

Resulta agotador imaginar el volumen de instrucciones que Peiresc se comprometió a hacer llegar a sus colaboradores. Durante toda

la primavera y el verano de 1635, las cartas animaron, engatusaron y halagaron a aquellos hombres. Peiresc les estaba enseñando no solo cómo llevar a cabo un experimento científico, sino cómo pensar de manera diferente, cómo convertirse en científicos. Y si su tintero se secaba, en todos los sentidos posibles, y a veces se desviaba hacia la desesperación, ello se debía a que los necesitaba irremediablemente, ya que le resultaba imposible descubrir el misterio de la longitud por sí solo.

Repartidos por todo el Mediterráneo durante la noche del 28 de agosto, mientras Peiresc caminaba ansiosamente por su tejado, los observadores aficionados hicieron todo lo posible para obedecer sus precisas instrucciones. Algunos carecían de confianza o del equipo adecuado: Cassien de Nantes, en El Cairo, tuvo que admitir que, aunque había tratado de ser meticuloso, «a falta de los instrumentos adecuados, no me fue posible anotar las medidas que usted pedía». ⁴³ Otros mostraron la habilidad suficiente, y otros perdieron interés.

En Alepo había un par de participantes. El padre Celestin, el monje carmelita, había tratado de seguir la sugerencia de Peiresc de que viera el eclipse desde lo alto del Monte Casio, una pequeña montaña en la costa norte de Siria, muy por encima de cualquier niebla terrestre. Comenzó a reunir una expedición de unas pocas docenas de hombres en las semanas previas al eclipse, pero a Peiresc no le agradó el plan, pensando que sería demasiado caro y «demasiado ambicioso para mi gusto», y que Celestin y su tripulación podrían no ser bien recibidos por los lugareños, cuyos «celos y mala fe» serían peligrosos para el proyecto. ⁴⁴ «Uno debe abstenerse de llevar a cabo incluso las acciones más inocentes cuando se salen un poco de la corriente principal», escribió el cauteloso Peiresc sobre lo que seguramente sería la extraña visión de unos monjes en lo alto de una montaña mirando fijamente al cielo nocturno. ⁴⁵ Peiresc dio instrucciones a un mercader amigo suyo que se dirigía a Alepo para cancelar el viaje. Resultó que Celestin ni siquiera había recibido el telescopio que Peiresc le había enviado para que lo utilizara aquella noche, y se vio obligado a ob-

servar el eclipse a simple vista, por lo que al comprobar las notas de observación de Celestin, a Peiresc le invadió la desesperación. Afortunadamente, esa noche había otras dos personas participando en el proyecto en la ciudad siria: el monje capuchino Michelange de Nantes y un comerciante y canciller del consulado francés, Balthasar Claret.⁴⁶ Peiresc tenía mucha fe en Claret, que había sido boticario cuando era joven y, por lo tanto, sabía cómo manejar instrumentos de medida y entendía el valor de la precisión. Claret se apostó en el tejado del consulado y tomó medidas cuidadosas que Peiresc más tarde encontraría impresionantes y extremadamente útiles.

Hubo gran expectación en los meses posteriores al eclipse. A pesar de sus recelos, y de los mensajes sobre percances y telescopios perdidos, Peiresc todavía tenía la esperanza de que, en conjunto, las diversas observaciones le permitieran llevar a cabo algún nuevo descubrimiento. Aun así, sus cartas están llenas de ansiedad, transmitida en un sinnúmero de preguntas a sus colaboradores. ¿Usaron su ojo derecho o izquierdo? ¿Qué tipo de telescopio? ¿Quién más estaba presente? En noviembre de 1635 había recibido la mayoría de los datos de Italia y Francia. A principios de diciembre, escribió de nuevo a los sacerdotes capuchinos en Siria y Egipto, instándolos a enviar sus observaciones, y se sintió frustrado cuando llegaron algunas de sus anotaciones, que parecían copiadas de las tablas astronómicas ya existentes. Peiresc preguntó a uno de sus colaboradores cómo alguien podría preferir «creer lo que dicen los matemáticos sobre la longitud, la latitud y las dimensiones de las estrellas en lugar de examinar la verdad por sí mismos».⁴⁷

A principios de 1636, había comenzado a recurrir a otras personas para presionar a aquellos que aún no le habían enviado todas sus notas. Algunos de los participantes en la misión dudaban por temor a que su trabajo no hubiera sido lo suficientemente exacto. Peiresc les aseguró que quería verlo todo y les rogó que enviaran lo que tuviesen, fuese lo que fuese. Envío a un amigo comerciante a ver a Michelange de Nantes con la esperanza de «hacerle entrar en razón», transmitiéndole que no debería inhibirse solo por miedo a que sus notas fuesen incompletas.⁴⁸ Peiresc esperaba ver «todo el “tejido” de su observación» porque «incluso los errores muy a menudo también resultan

útiles». Deseaba que estos participantes, inmersos como estaban en doctrinas infalibles, comprendiesen finalmente que a menudo para alcanzar el conocimiento era necesario recolectar fragmentos rotos.

Cuando logró recibir al fin todas las mediciones utilizables, desde Roma, Egipto, Padua, Nápoles, Líbano, Florencia, Túnez, París, Holanda y Alemania, entre otros lugares, Peiresc trazó estos puntos en los mapas existentes del Mediterráneo, y encontró algo que declaró inmediatamente en una carta como «asombroso y digno de ser tenido en cuenta».⁴⁹ No solo vio cuán equivocada estaba la longitud terrestre aceptada de numerosas ciudades, sino que se reveló que todo el Mediterráneo oriental era doscientas leguas (aproximadamente mil cien kilómetros) más corto de lo que se había supuesto hasta ese momento. Y esto tenía sentido dada la experiencia de los marineros, que a menudo tenían que ignorar sus mapas primitivos, haciendo ajustes en sus rutas basados en su propio conocimiento del mar y su costa, maniobras «para las cuales nunca podían discernir la causa y la razón», escribió Peiresc.⁵⁰ Las nuevas correcciones tuvieron el efecto de «reducir el espacio» del mar, de tal modo que «no había nada más fácil de entender». Era una transcripción más ajustada de la naturaleza.

Peiresc se quedó entusiasmado por lo colaborativo que finalmente había sido todo el asunto, gracias a la labor de personas serias y curiosas a las que él, centro neurálgico de la operación, había unido. Y, presente en las innumerables correspondencias, en cada intercambio de cartas, estaba su intento de inculcar una sensibilidad, lo que consideraba más importante que cualquier habilidad específica. La recompensa de la paciencia fue la lenta difusión hacia el exterior de una red de entendimiento común. A través de las cartas, estaba reclutando discípulos para esta nueva, y aún peligrosa, forma de contrastar las percepciones con la realidad. En cierto modo, fue este aspecto de la experiencia, realizada por un disperso grupo de religiosos y comerciantes, lo que más acabó sorprendiendo a los marineros y cartógrafos. Tras el experimento, como Peiresc escribió a d'Arcos, ahora era capaz de explicar con regocijo a los «marineros más expertos de Marsella [...] y los mismos que trazaban las rutas marinas» por qué durante siglos los mapas utilizados para navegar por el Mediterráneo oriental resultaron

inútiles.⁵¹ Y estos hombres, tan conocedores del mar, al escuchar la forma en que había descubierto sus dimensiones verdaderas, se quedaron «extasiados y fuera de sí».

Se conserva una docena de retratos de Peiresc, pintados en diferentes momentos de su vida, en los que puede apreciarse su decreciente vitalidad, pero en todos ellos la parte que más llama la atención son sus ojos: parecen casi totalmente negros, y en ellos apenas se distingue el iris de la pupila. Destacan también sus labios, que invariablemente forman una línea recta, y en su vestimenta su amplio cuello de tela blanca y su solideo negro, inmutables, simples, que le dan cierto aire a monje cansado. En el último retrato, realizado a carboncillo por el artista francés Claude Mellan en su camino de regreso de Roma en 1636, los párpados de Peiresc son aún más pesados, su nariz aguileña apunta bruscamente hacia abajo, sus labios están aún más apretados: un hombre cansado y erudito, ansioso por volver a sus cartas.⁵² Para entonces, las muchas enfermedades contra las que había luchado a lo largo de los años, incluidos terribles problemas del tracto urinario, le habían pasado factura, y su vejiga se había desintegrado casi por completo, dejándolo febril y sumamente dolorido la mayor parte del tiempo.

Su muerte, ocurrida el 24 de junio de 1637, a la edad de cincuenta y seis años, menos de dos años después del eclipse, se produjo *in medias res*. Sus muchos proyectos quedaron casi todos incompletos. Para los demás miembros de la República de las Letras, su muerte supuso un vacío repentino allí donde antes se daba una actividad frenética. Los homenajes vinieron de todo el continente, de la comunidad erudita de hombres que habían sido sus socios intelectuales todos esos años, de comerciantes y marineros en los muelles de Marsella, y de los intrépidos exploradores que habían encontrado un patrón en Peiresc. El cardenal Barberini organizó la redacción de un libro en su memoria que lamentaba su muerte en todas las lenguas conocidas del mundo, poemas elegíacos en cuarenta idiomas, incluidos el quechua, el copto y el japonés, una suerte de «queja sobre la raza humana».⁵³

Más que cualquier otra cosa, esos 100.000 pedazos de papel que forman su vasto archivo fueron su mayor contribución al mundo. Eran restos de comunicaciones, de las horas y horas que había dedicado cada día a escribir a sus corresponsales, recogiendo fragmentos de información, nuevos objetos, nuevas teorías, pasándolos, intercambiándolos con otros, durante décadas. Cuando su amigo Gassendi escribió su biografía, lo hizo en parte para capturar el carácter de un hombre que había sido influyente como pocos y, sin embargo, no había dejado un monumento claro sobre sí mismo. El libro, uno de los primeros grandes relatos de la vida de un erudito, destacó en Peiresc lo que él mismo valoraba por encima de todo: la conversación como conducto del conocimiento.

Entre los muchos proyectos inacabados que quedaron en su estudio tras su muerte estaban sus planes para cartografiar la superficie de la luna. Había estado tratando de obtener una representación precisa del paisaje lunar durante más de dos décadas, desde que vio por primera vez la luna a través de un telescopio y se sorprendió al descubrir que era tan abrupta y desformada como una roca gigante, no la pulida losa de mármol que siempre había imaginado. En el verano de 1636, Peiresc encontró al hombre para tal trabajo: Claude Mellan, el mismo artista francés que dibujaría su retrato ese año. Cuando Mellan pasó por Aix ese mes de agosto, Peiresc le encargó hacer grabados en placa de cobre de las diferentes fases de la luna, sentado con él en el tejado de su casa mientras miraba a través del telescopio y esbozaba cuanto veía.⁵⁴

Mellan tan solo llegó a completar tres grabados basados en sus dibujos de Aix: la luna cuando estaba llena y en su primer y último cuarto. Las imágenes son increíblemente exactas para su tiempo, y captan la superficie brillante y accidentada de un mundo misterioso e inexplorado. Sin embargo, como tantos otros esfuerzos de Peiresc, este proyecto murió con su investigador. Los grabados fueron importantes para Peiresc, no como un premio del que adueñarse y que pudiera colgar en la pared, sino como una especie de atlas lunar, el primero en su género, una verdadera referencia. Con todas las gloriosas imperfecciones de la superficie de la luna representadas al detalle, con sus cráteres y monta-

ñas, un grupo de observadores podría llevar a cabo sus investigaciones con aún más precisión. Junto con los telescopios, podrían usar el mapa para rastrear el progreso de un eclipse futuro. Y, posteriormente, hacer lo que se les había enseñado: compartir entre ellos lo que habían visto.